

## Notas del mes

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA  
DE VENEZUELA

Félix Armando Núñez llegó a Chile cuando vivía sus años de adolescente. Vino a estudiar a este país y acaso ese secreto embrujo que enamoró a don Andrés Bello y lo convirtió en un chileno de corazón que, sin embargo, no olvidaba a la tierra donde había nacido, ha contribuido para que Félix Armando Núñez se quede entre nosotros y sea uno más de esos hombres ilustres que han dado a la cultura de Chile la flor más bella de su espíritu.

Porque Núñez también sin olvidar a Venezuela, su país, al cual le ligan vínculos de tradición familiar —el mariscal don Antonio José de Sucre es uno de sus antepasados— y de tantos otros afectos que se ahondan en la ausencia, en el corazón sensible de un poeta, se fué quedando entre nosotros, incorporándose a la vida chilena, con ese cariño sincero y esa lealtad que se advierten en su trato. Hombre de temperamento vibrante, apasionado, eternamente enamorado de lo bello, el gran poeta no logró evadirse de la atracción que le produjo la vida chilena. Se graduó aquí como pedagogo incorporándose a las labores educacionales. Fué a vivir a la ciudad penquista y allá en la Universidad de Concepción se convirtió en uno de los colaboradores más eficientes de esa institución de cultura. Junto a don Enrique Molina, Félix Armando Núñez vivió las jornadas

más ingentes y difíciles de la naciente Universidad, hasta llegar a ser secretario general de ella, puesto en el cual demostró que un poeta, si bien es verdad que vive en una realidad que se mezcla con el sueño de belleza que turba e inquieta todas las horas de su existencia, tiene, sin embargo, condiciones excepcionales, para demostrar con brillo la viva capacidad de un espíritu alerta a todas las actividades renovadoras del mundo en que vivimos.

Félix Armando Núñez junto con don Enrique Molina y otros grandes espíritus, formó parte durante muchos años de la Comisión Directora de "Atenea". Sólo la voluntad de ellos pudo llevar adelante esta empresa en la cual se ponían sin reserva de ningún especie los más altos atributos del espíritu. En las páginas de "Atenea" está la huella luminosa de la producción poética de Núñez. Acaso lo mejor de su sensibilidad de poeta de alta estirpe ha quedado como un signo magnífico de lo que es su alma y su comprensión de la belleza en esta revista en la cual sigue manteniendo un sitio de eminente importancia que los vínculos del afecto y de la amistad han hecho cada vez más sólidos.

Es pues para "Atenea" motivo de legítimo orgullo que en este momento en que acaba de discernirse el más alto galardón con que Venezuela honra a sus artistas más ilustres, el Premio Nacional de Literatura haya recaído en Félix Armando Núñez. Se ha honrado el país que en forma tan certera y justa ha puesto de relieve la calidad magnífica de la obra poética de Núñez. Es un hecho singularísimo, pues en esta ocasión ningún influjo de otra índole ha podido pesar para que la obra de nuestro insigne colaborador se haya valorizado en la forma que merece.

El poeta ha vivido completamente alejado de todo círculo en que se barajan nombres y méritos, y no ha cultivado dentro de su espíritu selecto, otro amor grande y puro que el de su obra. Ella por sus condiciones de belleza, de delicada percepción emotiva, ha tenido el poder de remover y destacar en la conciencia del Jurado, los méritos que la hacían acreedora a tan importante recompensa.

Félix Armando Núñez ha conquistado pues, desde lejos, esa meta que es en el sentido profundo y honesto de la existencia, una aspiración legítima, una ambición a la que un hombre tiene amplio derecho, cuando su labor se hizo mirando nada más que hacia un ideal de suprema belleza, un ideal que enaltece la condición humana, porque el arte, como en el caso de nuestro gran poeta Félix Armando, se realiza sin otra ilusión que la de dar la más certera expresión del sueño de belleza, que está rebullendo adentro como un pájaro prisionero, ansioso de luz y libertad.

Bien por Félix Armando Núñez, a quien supieron darle lo que él no pidió, sino lo que conquistó con su mente y su exquisita sensibilidad creadora.

MIGUEL FERNÁNDEZ

Miguelón, como le llamaban cariñosamente sus amigos ha realizado su última aventura ilusionada. Su postrer peregrinaje para enseguida reclinar la cabeza fatigada y dormir su último sueño. Bohemio impenitente, dueño de un corazón inquieto y de una mente por la cual pasaban en fugaces rondas, las melodías de sus cantos de amor y de ensueño, se ha ido de pronto, sin mayor preocupación. Sin darle a la muerte otra importancia que la de una tregua en un camino que fué de permanente inquietud.

Miguel Fernández Solar era uno de esos hombres que llevaban en sus ojos la simpatía y la cordialidad como una luz irradian- te, como un faro inquieto que hacía dudar en si la vida, metódica, ordenada, tiene alguna importancia. El la vivía como los pája- ros, sin pensar que después de un día había otro y otro, en que era necesario pensar para poder subsistir. El gozaba con todo lo que le daba la existencia con ese ligero concepto que tenía de los aconteci- mientos que nos rodean y orientan el camino. Sentíase feliz cuando encontraba a un amigo con quien disfrutar de la charla y con quien beber unos vasos de vino. Era su vida como una onda meló-